IMPLICACIONES PSICOSOCIALES DE LOS HIJOS DE PADRES SEPARADOS.

José Manuel Lara Alberca.

Psicólogo.

Es curioso cómo reproducimos aquellos modelos que hemos aprendido, a pesar de que dichos modelos no nos gusten en absoluto. Supone un patrón que se observa con mucha frecuencia; se duplican con más o menos fidelidad las dificultades en la relación de pareja de una generación a otra. A los ojos de un genetista parecería una cuestión escrita en el ADN.

Pero nada más lejos de la realidad, se trata con total seguridad, de una conducta aprendida que se interioriza en la infancia, transcurre con dificultades durante el periodo que conduce a la edad adulta y se desvela como una problemática bien definida en el devenir de la relación marital.

Dicha problemática, como hemos insinuado, no sólo incide en las relaciones afectivas futuras de los hijos, también se convierte en la precursora de un elenco de conductas desadaptativas que repercuten en todas las esferas vitales del niño y futuro adolescente.

La variabilidad de estas desadaptaciones es grande, tanto en su frecuencia como en su intensidad, pero el hecho de ser hijo de padres separados se convierte en un predictor de primer orden. Esto se sustenta en la base de los modelos cognitivo-conductuales con base en la familia, los cuales comparten una perspectiva conceptual subyacente con el constructo de "Determinismo Recíproco" desarrollado por Bandura en los años sesenta (Bandura y Walters 1963)[1]

La repercusión en el rendimiento escolar no es un componente aisla-

(1) Cole Barton en "Tratamiento Cognitivo Conductual de los trastornos psicológicos" V.E. Caballo, Siglo XXI, 1999.

do del patrón anteriormente citado, sino fruto de una interacción de factores disfuncionales a nivel social, moral y afectivoemocionales.

La detección precoz de dicha problemática y una intervención sistémica, se convierten en la mejor alternativa para encauzar las conductas disrruptivas y establecer una línea base de comportamiento lo más normalizada. El concepto de normalización hace referencia a las teorías actuales del desarrollo humano.

LA HISTORIA SE VERSIONA A SÍ MISMA.

Parece contradictorio que las cosas que nos han hecho sufrir y de las que huimos cada día, se conviertan en nosotros mismos cuando nuestro inconsciente se empeña en reproducir la cinta que tiene grabada.

Ocurre con frecuencia que en aquellas parejas que llegan a la decisión de separarse[2], hay precedentes familiares directos de conductas muy similares, en uno o ambos miembros del matrimonio (O´Leary y Smith 1991). Existe una mayor identificación en el caso de los varones (Rutter & Garmezy, 1983).

Suelen ser los hombres, los que con más facilidad reproducen o reviven lo que ocurrió en el matrimonio de sus padres durante su infancia o juventud, pero son casi siempre las mujeres las primeras que sacan el tema si bien no toman la decisión final (Kelly, 1982).

La etiología de esta mayor probabilidad en el varón, podría tener su base en la teoría del "Gen Egoísta"[3]. Esta forma de entender las cosas refiere que desde el inicio de los tiempos, los genes ya en el caldo primigenio tienden a su multiplicación. En este deseo de expansión genética, que no es otra cosa que la lucha por la representatividad de características dentro de una especie, se dan una serie de conductas enmascaradas en una imagen de altruismo que son la expresión del egoísmo de uno o varios genes. Esta avaricia se basa en el interés por incorporar sus caracteres al acervo genotípico y fenotípico de la siguiente generación.

De este modo la etología nos dice que el varón está predispuesto genéticamente a procurar que sus genes estén presentes en la mayor cantidad posible en el futuro (Richard Dawkins, "El Gen Egoísta", Labor, Barcelona 1979). Si a esto añadimos que lo que se ha interiorizado por aprendizaje observacional es el "volar del nido", tendríamos una explicación a la pregunta inicial, a caballo entre la teoría de la evolución y la sociología. Según McLanahan y Booth, 1989, el problema de la separación suele pasar de una generación a otra.

Por otro lado, pero en el mismo orden de cosas, encontramos que la mujer tiene una tendencia innata a cuidar su dotación genética (Dawkins, 1979) de una forma horizontal, procurando "guardar el nido".

(2) Casi la mitad de los matrimonios terminan en divorcio (O´Leary y Smith, 1991).
(3) Richard Dawkins , Labor Barcelona 1979.

Toda esta explicación etológica, se constata en el hecho de que es más frecuente que el varón inicie una nueva relación tras la separación con más facilidad que la mujer. En realidad, es tres veces más probable que se casen los hombres divorciados de más de cuarenta años, siendo sólo la tercera parte de las mujeres mayores de cuarenta años las que encuentran otra relación (Spanier & Fustenberg, 1982)

Hablábamos al inicio de cuan contradictorio es el reproducir patrones de conducta que nos han hecho sufrir, pero ocurre que el modelo del que se aprende suele ser más traumático que el aprendido y repetido con posterioridad (Ireneus Ibl-Eibesfelt, "Guerra y Paz", Labor Barcelona, 1979.)

Así, el hijo que padeció las continuas desavenencias entre sus padres, las continuas discusiones, los maltratos físicos y psicológicos, no suele reproducir la intensidad que sufrió. En muchas ocasiones ni siquiera la relación es aparentemente igual. Es por ello por lo que suele producirse un autoengaño, que induce a pensar que su vida es distinta, que sus problemas conyugales son el fruto de una mala elección o del azar que no le ha sido favorable, negándose a pensar que la historia se repite (Ibl-Eibesfelt, 1979).

El problema sobreviene cuando se hace consciente el hecho de que al fin y al cabo, el resultado es el mismo, es entonces cuando la idea de la "Profecía que se cumple a sí misma" genera la sensación de fracaso (Ibl-Eibesfelt, 1979).

LA MISMA PIEDRA EN UN CAMINO DISTINTO. ¿QUÉ DIRÍA FREUD DE ESTO?

Los humanos y algunos animales, conocen y entienden de dos formas universales de aprendizaje: la imitación y la adquisición de conocimientos por medio de las experiencias de ensayo y error.

El aprendizaje observacional (Bandura, 1986), hunde sus raíces en las ideas generadas a partir del concepto de impronta y en cómo tendemos a imitar modelos de conducta de otros, y preferentemente de figuras muy representativas. También conocido como vicario, este método de incorporar patrones de comportamientos a nuestro repertorio conductual, supone un sistema de incalculable valor para conferirnos la idea de personalidad propia y de autoimagen. No somos sólo lo que queremos ser. El ambiente nos determina en nuestras virtudes y miserias.

Por otra parte, y siguiendo la corriente Piagetiana[4], existen en las primeras etapas del desarrollo, unas reacciones circulares que determi-

(4) Piaget, "Seis Estudios de Psicología"

nan que repitamos ciertos actos en virtud a que sean o no de nuestro agrado o del de otros. En buena lógica no deberíamos reproducir algo que nos resultó dañino.

Si centramos esta dicotomía teórica en el porqué de la reproducción del patrón de separación marital, supuestamente traumático, no encontramos una razón clara que determine la causa de "tropezar en la misma piedra".

Si cayésemos en el error de determinar qué modelo de aprendizaje (imitación o ensayo/error) es el predominante en nuestra temática, estaríamos dando una visión parcial de la problemática.

Es evidente que los años traumáticos, que supone ser espectador de una mala relación y su consecuente separación, repercuten en conocer esta vivencia como algo negativo. Pero si atendemos a la importancia y relevancia del modelo a imitar, la fuerza de "imprinting" de los progenitores y sus conductas, nos encontramos con el despliegue de un conflicto intrapsíquico en la figura de los hijos.

Nuestro inconsciente se niega a asumir que la conducta de nuestros padres separados sea errónea, "los padres no se equivocan", "los padres siempre llevan razón", su autoridad es tal, como figura de referencia, que hasta las conductas negativas se legitiman de una forma automática. Esto conduce a un estado de disonancia cognitiva que, en muchos casos, desemboca en la imitación de la conducta, sin entrar a cuestionarnos si "Papá y Mamá se equivocaron".

¿QUÉ HE HECHO YO PARA MERECER ESTO?

En la mente de todos nosotros flota la idea de que los hijos de padres separados suelen atravesar por una serie de dificultades que otros niños no sufren, al menos en la misma medida y proporción.

En esta afirmación encontramos la clave de una gran parte de los desórdenes que se suelen derivar de la separación de los progenitores. Lo "normal"[5], no es que el núcleo familiar esté disgregado, aunque es un fenómeno que aumenta en relación con otros tiempos (O´Leary y Smith, 1991).

Lo realmente importante de la afirmación anterior es que, lo quiera el niño o no, el hijo de padres separados tiene la sensación de que su caso se sale de la normalidad. Ve a sus compañeros coetáneos y percibe su familia como diferente. Esta percepción suele producir la sensación de desplazamiento con respecto al grupo.

Estos niños pueden sentirse tristes, confundidos, enojados o sufrir ansiedad, pueden sentirse deprimidos o bajar el rendimiento escolar (Hetherington y colaboradores, 1989; Wallerstein y colaboradores, 1988).

(5) Entendiendo por "lo normal", lo socialmente correcto, (Bandura y Walters, 1977).

Son frecuentes los casos de eneuresis, mutismo selectivo, nerviosismo, somatizaciones de estados ansiógenos, etc (Hetherington y Cox, 1982). Todo esto puede tener buen pronóstico dentro del tratamiento clínico, pero lo que más distorsiona al infante y al adolescente es la diversidad de criterios sobre las mismas cosas.

LAS DOS CARAS DE MI MONEDA.

La etapa de transición entre la infancia y la adolescencia se caracteriza por la adquisición de las normas sociales y morales, que nos dan la pista sobre qué cosas están bien y cuales no lo son tanto. La distinción entre el bien y el mal es algo básico para vivir en una sociedad en la que las normas constituyen el "pan nuestro de cada día".

Conocemos dos sistemas fundamentales de interiorización de normas morales y sociales.

Por un lado están las normas socialmente sancionadas, hay ciertos tipos de conductas que se penalizan explícita e implícitamente. Son normas que se aprenden en la calle, en la escuela y, en fin , en la vida.

En el otro extremo encontramos aquellas normas que se determinan bajo el consenso de unas pocas personas, y cuya validez se restringe a situaciones y espacios físicos concretos.

La convivencia en el hogar, genera un estilo de vida que se suele regir por este último tipo de reglas, aunque las reglas socialmente sancionables acaban por invadir cualquier entorno[6].

Para que estas normas, en sus dos modalidades, se interiorizen es necesario que los criterios educativos de aplicación de las mismas sean fijos y consensuados por ambas partes del matrimonio. Lo que hoy está bien o mal, no puede cambiar para el día de mañana.

Algo que ocurre con mucha frecuencia es que al separarse los padres, se configuran en principio dos criterios en cuanto a las normas anteriormente citadas. Esto es algo lógico, si se ha producido una separación, no es difícil que una de las causas fuese la disparidad de ideas en referencia a muchas cosas (Hetherington & Cols, 1978).

Al existir distintos criterios, legitimados por la autoridad de cada uno de los progenitores, se produce una confusión que no le permite ni interiorizar esas normas ni respetarlas. Esto da lugar a muchas conductas inadaptadas y disrruptivas, tanto en la casa como en el medio escolar. No hay un respeto de las normas por que no saben realmente cuales son aplicables en cada contexto (Hetherington, 1978).

(5) Lawrence & Kohlberg, "The Stages of Moral Development", Harper & Row, 1981.

UNA AFECTIVIDAD INDECISA O LA HIPÓTESIS DE LA MARGARITA.

Otra consecuencia importante , es que suelen confundir los términos que regulan las relaciones afectivas entre iguales. El niño desarrolla estos conceptos directamente de los modelos que les rodean (Signorella, 1987).

Esta confusión se suele traducir en una doble problemática. En primer lugar hay dificultades para expresar los propios sentimientos. Esto que los psicólogos llamamos, pomposamente, comportamiento asertivo, suele permanecer oculto en el caso de hijos de padres separados. Los hijos cuyos padres dejaron la familia antes de que cumplieran cinco años, se muestran a menudo menos asertivos (Parke, 1981). En el caso de las niñas este efecto es más notable en la adolescencia (Lamb y Parke, 1981).

Ocurre que no ha existido un aprendizaje del cómo comunicar a otra persona tu forma de sentir y de ver las cosas. Al contrario, se ha observado en repetidas ocasiones que, cuando se desvela la propia emotividad, lo normal es que te den todos los palos en el mismo sitio. Esto conduce a pensar que es mejor que todos estos sentimientos permanezcan escondidos.

En segundo término, las relaciones afectivas se conciben como algo temporal, pues el niño observa la temporalidad de sus padres. En el área de las relaciones familiares, en muchos estudios se ha encontrado que la interacción padre-hijo está relacionada con la conducta afectiva del adolescente (Miller y colaboradores, 1986). Es la idea de estar "deshojando continuamente la margarita". De todos modos, actualmente esto no es tan extraño, pues una de las ventajas de la libertad con la que viven los jóvenes es la posibilidad de probar. Probar para tener una visión más amplia de las relaciones afectivas, de los gustos e intereses emocionales. Lo preocupante, en el caso de los hijos de padres separados, es que desarrollan una predisposición a planificar cómo va a acabar la relación desde el mismo momento que la comienzan. Realmente es lo que han vivido en casa.

Cuando surgen problemas en las relaciones de los chicos, lo cual es algo natural, la solución suele ser el "borrón y cuenta nueva". Esto no permite desarrollar la capacidad para solventar problemas, para negociar, para ceder y todas aquellas habilidades sociales necesarias para desenvolverse en la vida.

UN OBJETIVO COMÚN.

Terminaremos con algunas pautas de intervención, centradas sobre todo en la prevención. Este artículo no es una postulación contra las

separaciones, más vale una ruptura a tiempo que una crianza infantil en el infierno.

El primer paso se basa en la explicación razonable, en pasos sucesivos y según la edad del niño, del porqué de la separación. La explicación de "... papá y mamá se separan porque no se entienden, se llevan mal, va a ser mejor para todos..." es tan mala como otra cualquiera. Pero al día de hoy no hay razones mejores que argumentar.

Quizás lo ideal, sería dejarles preguntar cuanto quieran y que ellos mismos analicen las respuestas y no las cuestionen.

El segundo paso, podría ser planificar la unificación de criterios sobre cómo va a ser la vida del niño en cuanto a normas, obligaciones, derechos...

En tercer lugar, la detección precoz de los conflictos que puedan aparecer. Esto ayuda a solucionar con inmediatez, evitando retrasos en el desarrollo.

Por último generar una filosofía entre los padres separados, basada en que su hijo es un objetivo común. Dicen que no hay nada que una más a dos personas que el hecho de tener un enemigo común. En nuestro caso el enemigo sería un hijo que no se desarrolla con normalidad.

BIBLIOGRAFÍA

·BANDURA, A. y WALTERS, R.H. 1977. Social Learning and personality development. New York. Holt.
·COLES, R. The normal Life of children. Boston: Houghton Mifflin Company, 1986. Los niños le hablan a un entrevistador sensible de los retos morales que enfrentan en sus complejas vidas
·DUNN, J. Sisters and Brothers. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1985.
·FURTH, H. The world of grown-ups. Nueva York: Elsevier. 1980. Un estudio descriptivo del pensamiento de los niños acerca de varios aspectos de la sociedad.
·GILLIGAN, C. In a different voice. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1985.
·GRACE J, CRAIG. Desarrollo Psicológico. Prentice Hall. Mexico 1999. Fundamental para entender el desarrollo humano.
·HETHERINGTON, E. M. y CAMARA, K.A. 1984. Familias en transición: El proceso de disolución y reconstrucción. Review of child development research, Vol 7. Chicago University Press.
·HETHERINGTON, E. M., COX , M. y COX, R. 1982. Efectos del divorcio en los padres y en los hijos. Nontraditional Families: Parenting and child development. Hillsdale.
·HETHERINGTON, E. M., STANLEY – HAGAN, M., y ANDERSON, E.R. 1989. Transiciones maritales; una perspectiva de niño. American psychologist, 44, 303-312.
·HETHERINGTON, E. M., ET AL.1978. Las consecuencias del divorcio. J.H. Stevens.
·IBL-EIBESFELT, I. 1979. Guerra y Paz. Labor Barcelona.
·KELLY, J.B. 1982. Divorcio: la perspectiva del adulto. En B. Wolman (compilador), Handbook of development pychology. Prentice Hall.
·MILLER, B, ET AL. 1986. Disciplina paterna e intentos de control en relación con la conducta del adolescente. Journal of marriage and the family, 48, 503-512.
·O´LEARY, K. D., y SMITH, D.A. 1991. Interacciones Maritales. Annual Review of Psychology, 42, 191-212.
·PARKE, R. D.y LAMB, M. 1981. Fathers. Harvard University Press.
·RICHARD DAWKINS. El Gen Egoísta Ed. Labor, Barcelona 1979. Dawkins no extiende la determinación genética al ámbito humano. Para él, una hormiga puede ser un lerdo robot, dirigido por sus genes. Pero un ser humano, no. La mayoría de las notas que resultan inusitadas en el ser humano se reducen a una palabra: "cultura".
·RUTTER, M., y GARMEZY, N. 1983. Psicopatología del Desarrollo. Handbook of child psychology Vol 4. New York, Wiley.

·SIGNORELLA, M. L. 1987. Esquema de género: diferencias individuales y efectos del contexto. New Directions For child Development, 38, 23-38.
·SPANIER,G. Y FUSTENBERG, E. 1982. Segundas nupcias después del divorcio: Un análisis longitudinal del bienestar. Journal of marriage and the family, 709-720.
·V.E. CABALLO. Tratamiento cognitivo-conductual de los tratornos psicológicos. Siglo XXI, 1999.